

Lewis Mumford. *Sketches from life. The autobiography of Lewis Mumford. The early years*, Nueva York, Dial Press, 1982, 500 pp.

A lo largo de su carrera, Lewis Mumford cada vez se ha ido concentrando con más agudeza en dos temas: él mismo y la decadencia de la civilización. *Sketches from Life*, el primer volumen de la autobiografía de Mumford, no es la excepción. La atención al yo es, por supuesto, el asunto natural de toda autobiografía, y esta ofrece algunos pasajes de extraordinaria calidez y percepción. Pero las profecías en el tono de Jeremías no van bien con las memorias, y cambian su naturaleza de una manera dramática. El resultado es una combinación extraña de gracia y solemnidad: un libro que se lee con facilidad y placer, interrumpido periódicamente por pronunciamientos arrogantes sobre la ruina de nuestra cultura.

Este es el libro número veintiséis de Mumford; comenzó su carrera con *The Story of Utopias* en 1922 y ha escrito sobre temas que van desde Herman Melville a Frank Lloyd Wright. Nunca

ha sido un académico convencional: los intereses de este activista en planeación urbana (estuvo entre los fundadores de la Regional Planning Association en Nueva York) y uno de los primeros editores del diario político-literario "The Dial" nunca han podido estar contenidos en una sola disciplina. Busca una sociedad más justa al mismo tiempo que es un estudioso de la historia, un maestro de ética y un estudiante de estética.

Irónicamente, es como crítico e historiador de arquitectura, un papel en el que él mismo se ha permitido centrarse más y ser menos filosófico, que Mumford ha hecho quizá su mejor papel. Aquí, en efecto, su obra ha sido la más fuerte. No hay duda que es el crítico de arquitectura más importante de este siglo: tiende, como sucede con el resto de su obra, a ser moralizante, pero su fraseo es tan rico, tan disciplinado y tan completo en cuanto a intuiciones que su tono categórico no tiende a sobrecargar la frescura esencial de sus textos.

Pocos han escrito con la misma elocuencia de Mumford sobre la vivienda en el siglo XX, no tan sólo en lo

que respecta a su elogio de los primeros intentos de importancia por crear viviendas urbanas y suburbanas civilizadas como Sunnyside Gardens en Queens de Clarence Stein y Henry Wright (donde Mumford vivió junto con su familia durante once años) y su comunidad con un cinturón verde de Radburn, en Nueva Jersey, sino también en lo que va por sus críticas severas y agudas a proyectos errados como el de la Unité d'Habitation en Marsella, ideado por Le Corbusier. En cada caso hay un conjunto consistente de valores: la atención centrada en las necesidades de los usuarios específicos de un edificio como en las necesidades de la comunidad en su conjunto, y un balance claro entre los asuntos prácticos y los estéticos.

Estos valores también estuvieron presentes en gran parte de la crítica que hace Mumford a la planeación urbana, aunque aquí era tan fuerte su preocupación de que la ciudad se estaba convirtiendo en algo demasiado denso que esto opacó a lo demás. Pero en la actualidad, ¿quién se atrevería a discutir la observación de Mumford, hecha

---

en 1955 en su columna "Sky Line" para la revista *The New Yorker*, de que Manhattan se estaba aproximando a una época en que el mismo apiñamiento haría que la arquitectura dejase de importar? Este temor pudo haber sido prematuro al momento de ser escrito, pero cualquiera que pueda pasar por la esquina de la calle 57 y Madison, Mumford sólo podrá ser considerado como un santo conocedor y sabio.

El mentor intelectual de Mumford fue Patrick Geddes, el pensador social que no tan sólo lo llevó hacia una noción de la historia urbana como algo amplio e interdisciplinario, sino también hacia una fuerte defensa de la ciudad jardín. Geddes, el gran teórico de la ciudad jardín, es una figura principal en *Sketches From Life*, nada menos que en su insistencia de que el joven Mumford jugase el papel de discípulo. El viejo Mumford discute la angustia que esto provocó en él, y su decisión de terminar la ligazón con Geddes, con una franqueza que es bien recibida.

Lo que Mumford no parece darse cuenta completamente es el modo en que la brillantez y el carisma de

Geddes lo llevaron a una apreciación, casi en efecto una veneración, del orden y de la racionalidad. Es esta pasión por el orden, la creencia de que la ciudad podría ser convertida en un sistema racional, lo que vino a dar color a gran parte de sus escritos y críticas posteriores sobre los temas de la arquitectura y las ciudades. Uno podría pensar, por ejemplo, que Lewis Mumford y Jane Jacobs serían aliados naturales: Mumford, el abogado académico de las ciudades humanistas, amargado porque el amor hacia la tecnología nos trajo fríos y enormes rascacielos; Jacobs, la activista energética luchando contra la renovación urbana y por la preservación de los vecindarios antiguos.

El centro de la cuestión es que se convirtieron en enemigos, porque para Mumford la ciudad es un lugar de orden, y para Jacobs es un lugar sin propósito alguno, y pareciera que ninguna de estas dos opciones tiene algún espacio para contener a la otra. Cuando las ideas de Jane Jacobs comenzaron a lograr una mayor atención, Mumford la atacó en un ensayo que titu-

ló "Mother Jacobs' Home Remedies for Urban Cáncer" ("Los remedios caseros de Mamá Jacobs para el cáncer urbano"), fue un texto que dijo muchas cosas sobre su mismo autor así como sobre su tema, porque el ensayo revelaba el grado de profundidad en el que Mumford rechaza la energía caótica y deshalagada que forma parte de una ciudad como Nueva York, y la incomodidad que le causa - permítaseme decirlo- ver concreto en lugar de árboles.

Esta no es una posición afortunada para un urbanista, incluso para un urbanista que ha basado su carrera en la defensa de la densidad moderada de la ciudad jardín. Mumford ha discutido, como lo hace en su autobiografía y en otras partes, que es la misma ciudad la que ha cambiado y no su punto de vista, pero es válido preguntar si la ciudad ha cambiado lo suficiente como para justificar el rencor que despliega hacia ella en *Sketches From Life*.

Menciono todo esto porque las partes más afortunadas de este libro introspectivo son los primeros capítulos en los que Mum-

ford describe su niñez y juventud en Nueva York, en un lenguaje que nos hace entrañables tanto a él como a la ciudad. La Nueva York de principios de siglo no fue un ambiente particularmente hermoso, a pesar de que estuvo llena de una arquitectura de calidad. Era más notable por una especie de frescura; un niño que crecía en Nueva York entonces pudo sentir dentro de la ciudad la energía y la tranquilidad que él mismo poseyó.

Mumford habla aquí de arquitectura, de esquemas sociales, de ruidos y olores; describe el crecimiento físico de la ciudad y sus barrios cambiantes; evoca detalles tan pequeños como una carpeta en un interior Victoriano, y tan amplios como la marcha de las mansiones de Beaux-Arts en Riverside Drive. No es sólo un retrato físico el que nos ofrece: dedica una gran parte a hablar de sus caminatas vespertinas en compañía de su abuelo, un capitán de meseros retirado que antes trabajaba en Delmonico's, y el ambiente de una casa en la que él fue el único niño y en la que no existió un padre.

Es el retrato de la vida de un joven en la ciudad que

es a un mismo tiempo dulce y fuerte: Mumford captura un momento en la historia con precisión y gracia. Pero conforme avanzan las páginas, y comenzamos a interesarnos cada vez más en este joven, el personaje introspectivo e inteligente que se va descubriendo ante nosotros, Mumford hace a un lado su relato para quejarse por lo que ha pasado desde entonces.


"La ciudad que alguna vez conocí íntimamente ha sido destrozada", nos dice. "Muchas de las cosas que aún se conservan pronto desaparecerán y, junto con ellas, los fragmentos destrozados de mi propia vida habrán de desaparecer entre el cascajo que de aquí se saque". Pocos lectores no estarán de acuerdo con la tristeza de Mumford ante los cambios que se han dado en Nueva York; pero tal como los presenta, lo que pudo ser agudo se convierte, en cambio, en amargo.

Mumford da una clave para las razones de este cambio, y la misma clave nos dice tal vez más de lo que él quería que esto nos dijera. Para el joven Lewis Mumford, la ciudad fue una especie de padre: él fue, a

pesar de su buena educación, un hijo ilegítimo que jamás conoció a su padre, y que ve, al mirar hacia atrás, el modo en que la ciudad colmó en gran parte el papel de un padre. Lo comprometió, lo estimuló, lo consoló y lo educó. En una parte particularmente conmovedora habla de un paseo por el puente de Brooklyn, en el atardecer, con el sol ocultándose por detrás del recién terminado edificio de Woolworth: "Aquí estaba mi ciudad, poderosísima, cargada de energía y luz". En otra parte dice que "el puerto de Nueva York se convirtió en mi Walden Pond", e incluso llega a ponerle a uno de sus capítulos el título "Manhatta, mi universidad".

Quizás entonces no debería sorprendernos tanto el hecho de que Mumford ahora se haya vuelto tan severo con la ciudad: crecer, después de todo, es romper con nuestros maestros. Mumford nos habla de su rompimiento con Patrick Geddes; su verdadero rompimiento, parece, no fue con su maestro sino con esa figura paterna, la ciudad misma. De este modo, la manera en que Mumford se percibe a sí mismo cuando niño

---

nos ayuda enormemente para comprender todo lo demás, es una traición lo que siente al observar la ciudad actualmente. El lugar glorioso y confortable que alguna vez lo nutrió hoy ha dejado de hacerlo: lo dejó caer y jamás podrá perdonárselo. 

*Paul Goldberger*

(Traducida por Antonio Saborit del *New York Times, Books Review*, Mayo 1982.)